

## ¿El pueblo dónde está? Identidades políticas y producción del espacio en el capitalismo contemporáneo

Mesa 50: Estado, sujetos y política en el capitalismo neoliberal: lecturas bajo coyuntura de las teorías críticas contemporáneas.

Javier Ignacio Frias

(IMESC/IDEHESI/CONICET- UNCuyo)

[friasjavier91@gmail.com](mailto:friasjavier91@gmail.com)

### Resumen

En las últimas décadas la cuestión del “pueblo” se convirtió en uno de los clivajes destacados con que las nuevas teorías críticas han procurado enfrentar la llamada “crisis del sujeto de la emancipación”. Estos debates ocurrieron en paralelo al “giro espacial” de las ciencias sociales, convergencia que ha abierto una ventana inmejorable para problematizar las dimensiones propiamente cartográficas que están en la base de la constitución de los sujetos políticos. Así, para la teoría política contemporánea ya no se trata sólo de la pregunta, cara a las izquierdas, de *quiénes hacen la historia*, sino también de los interrogantes gemelos *dónde* y *cómo* se hace la historia.

Partiendo de las intervenciones teóricas que, desde Laclau, Rancière o Butler, han tematizado la aparición del “pueblo” como un acto de construcción abierto y contingente, en este trabajo indagamos de manera exploratoria las intersecciones entre política y espacio para pensar en las lógicas territoriales que subyacen a la formación de identidades populares. ¿Cómo se ha visto afectada la experiencia del espacio público-urbano a manos de la dinámica geográfica del capitalismo neoliberal? ¿Qué vínculos pueden trazarse alrededor del crisol de movilizaciones que hoy adquiere cobertura global? ¿Cuáles son los aspectos performativos que se ponen en juego en la construcción de un “pueblo”? ¿Qué formas adopta la tensión entre co-presencia territorial y representación política en los nuevos repertorios espaciales?

Por medio de un tratamiento que estimula el diálogo entre los aportes teóricos de la sociología política y la sociología urbana, en esta ponencia sostenemos que el espacio

público ha asumido un rol crecientemente central en el desenvolvimiento de las luchas sociales contemporáneas y que, por ello, la doble pregunta por los avatares espaciales de la política y por la constitución política del espacio es una clave de lectura sumamente relevante para comprender las correlaciones de fuerza en la actualidad.

## **Palabras claves: pueblo; espacio; política**

### **1. Introducción**

A lo largo de la última década una serie de repertorios de acción irrupciones contestatarias ha configurado una geografía política de cobertura global en la que se recupera fuertemente el rol del espacio público como nucleodinamizador del conflicto social. El Movimiento 15-M en España, la Primavera Árabe, la creciente presencia pública de los feminismos, el estallido social en Chile, las reacciones contra la violencia racista en Estados Unidos, incluso, las grandes movilizaciones en las que se sustentan los llamados “populismos de derecha” son algunos de los ejemplos que permiten hablar, hoy, de un *momento aluvional*<sup>1</sup> en el que la calle y la plaza aparecen como un objeto de disputa clave en las correlaciones de fuerza políticas.

Si desde finales de siglo XX las ciencias sociales han venido promoviendo un “giro espacial” en el que se abandona la concepción del territorio como mero soporte material de la historia para ponderarlo como un factor constitutivo de lo social (Soja, 1997), la investigación sobre la acción colectiva y la producción de subjetividad, no obstante, ha sido más lenta a la hora de reconocer las dimensiones cartográficas de la política (Auyero, 2002).

El renovado protagonismo de los cuerpos reunidos en el espacio público obliga, ahora, a reconocer a la plaza y a la calle como piezas centrales en el análisis de la contienda por la hegemonía. Así, para la teoría política contemporánea no se trata únicamente de revisar la pregunta, cara a las izquierdas, de *quiénes hacen la historia*, sino también de pensar los interrogantes gemelos *cómo y dónde* se hace la historia, asumiéndolos no como una preocupación por los lugares de emplazamiento de la política sino como un intento por desglosar las distintas relaciones que entran en juego en el conflicto democrático.

---

<sup>1</sup>Proponemos esta idea haciendo un uso irónico de la conocida expresión que utilizara el diputado argentino Ernesto Sammartino en su discurso parlamentario del 7 de agosto de 1947.

Partiendo de las intervenciones teóricas que han tematizado la emergencia del “pueblo” como un proceso de articulación abierto y contingente (Laclau, 2005; Rancière, 1996), en este trabajo proponemos visitar aquellas formulaciones desde la creciente presencia de la movilización colectiva con el objeto de indagar, de manera exploratoria, las intersecciones entre política y espacio e identificar las lógicas territoriales que subyacen a la formación de identidades populares.

En el primer apartado de nuestro recorrido repasamos los cambios en la geografía urbana y social del capitalismo contemporáneo buscando pistas que permitan situar la revitalización política del espacio público en las últimas décadas. A continuación, examinamos la teoría laclausiana del “pueblo” a través del prisma de la revitalización de los repertorios espaciales y dedicamos el apartado siguiente a discutir las dinámicas y tensiones que se abren alrededor de la relación inestable entre performance territorial y representación. Finalmente concluimos con un recuento de los ejes nodales que se desprenden del desafío de problematizar la espacialidad del conflicto político.

## **2. Opacidad y repolitización del espacio en la ciudad contemporánea**

El recurso a la ocupación del espacio público para organizar voluntades y reclamos resalta hoy como una de las formas privilegiadas de participación política. Fillieule & Tartakowsky (2015) destacan que desde finales de la década de 1970 se viene constatando un crecimiento y una progresiva institucionalización de la manifestación callejera en diversas regiones del mundo, determinando que en algunos casos se hable de “democracia de la protesta” o de “sociedades *en y de* movimiento(s)”. A diferencia del pasado en que estaba emparentada a categorías sociales definidas, para los autores franceses la particularidad de este nuevo auge de la movilización en la calle consiste en que se ha hecho extensivo a distintas capas de la población y dejó de ser leído en términos de crisis política por aquellos a quienes está dirigida.

Está claro que todo intento por agrupar el conjunto de manifestaciones que hoy se despliega globalmente corre el riesgo de reducir la propia complejidad de esas expresiones. En efecto, cualquier propuesta de abordaje de lo que más arriba hemos llamado un *momento aluvional* exige como punto de partida el reconocimiento de su heterogeneidad inherente: hablamos de repertorios de acción distintos, ejecutados por una variedad de agentes sociales y atravesados por condiciones históricas, políticas y sociales muy diferentes. No obstante, si aceptamos correr ese riesgo es porque en esa diversidad puede reconocerse un rasgo distintivo; como remarca Judith Butler (2012), en todos los casos se trata de cuerpos que se

congregan, se mueven y hablan en conjunto reivindicando un espacio específico como territorio común para reclamar o ejercitar lazos de solidaridad.

En esos términos, para nosotros existen al menos dos dinámicas de largo plazo que funcionan como claves de lectura para comprender el ciclo de movilizaciones que nos ocupa. Una de ellas tiene que ver con las nuevas formas que asume la ciudad contemporánea y el cuestionamiento de los relieves sociales asociados a su expansión difusa y fragmentada (*lo que la política hace con el espacio*); la otra tiene que ver con las transformaciones que sufrió el mercado de trabajo en la economía posindustrial y los procesos de subjetivación política asociados a esos cambios (*lo que el espacio hace con la política*).

A partir de la década del 70, las políticas de liberación económica y privatización impuestas por el régimen de valorización financiera implicaron una flexibilización de los mecanismos de planificación urbana y posicionaron al mercado como coordinador central de la producción de las ciudades (Abramo, 2012). Los cambios en los estilos de vida y las nuevas relaciones entre sector inmobiliario, Estado y sociedad civil modificaron las pautas de espacialización de la población dando lugar a “formas de territorialidad exacerbadas” (Prévôt Schapira, 2001) que desnudaron un acrecentamiento de las brechas socio-espaciales entre los grupos sociales (Cunha & Rodríguez Vignoli, 2009).

Este nuevo régimen urbano introdujo una erosión de lo público y un repliegue de la experiencia cotidiana al mundo privado, acrecentando la “fragilidad del nosotros” (Caetano, 2006) y consolidando un modelo de ciudadanía de baja intensidad apoyado en el acceso al consumo como norma instituyente del acuerdo social (Pérez, Armelino, & Rossi, 2005). La plaza, suplantada por espacios más funcionales para la acumulación del capital, perdió, así, parte de su rol estructurante como esfera de coexistencia conflictiva y de representación de lo común (Carrión, 2019).

No se trata, aquí, de reeditar una “narrativa de la pérdida”, como le llama Pablo Rizzo (2011) a las interpretaciones del fin del espacio público, ni de suscribir acríticamente a las romantizaciones del espacio público que encuentran su caja de resonancia en los discursos del marketing urbano (Gorelik, 2008; Delgado, 2019). Aun cuando el espacio público nunca haya sido de todos (Filipe & Ramírez, 2016), lo que nos interesa remarcar es que con el auge del neoliberalismo aquella promesa de la ciudad como escenario potencial de la interacción y la cohesión social quedó decididamente desplazada a la luz de la privatización de los modos de vida y las fronteras simbólico-materiales que compartimentaron la experiencia urbana (Margulis, 2002; Bayón & Saraví, 2013).

Una primera hipótesis, en relación con ello, es que la repolitización de la calle que vemos en las últimas décadas actúa como una suerte de *retorno de lo reprimido*, el reverso de la opacidad del espacio público en las metrópolis contemporáneas. Si para Lefebvre el derecho a la ciudad enuncia un “derecho a la centralidad” (Sevilla-Buitrago, 2015), la irrupción *zoológica* que vemos en distintas partes del mundo puede leerse como un intento por reinstalar un lugar de convivencia con otros, una forma de reunir lo que el urbanismo neoliberal ha tendido a disgregar.

No sugerimos, con esta idea, una explicación causal de la intensidad aglomerante reciente sino más bien una ponderación de las coordenadas históricas que le dan sentido. Las instancias de encuentro e intercambio acotadas en el marco de la sociabilidad urbana contemporánea rebotan, ahora, bajo la forma de multitudes en la calle. Lo que irrumpe con esta nueva geografía de la protesta, lo que aparece confrontado en esa gimnasia común, es, en cierta medida, la paradoja de sociedades programáticamente democráticas que habitan espacios cada vez más fragmentados: una política *en y de* movimiento(s) para una ciudad de flujos diferenciales.

En segundo lugar, otros dos procesos paralelos han sido determinantes en la progresiva importancia que viene asumiendo el espacio en la política del siglo XXI. Por un lado, el veloz proceso de urbanización, acompañado de la pauperización de los sectores populares, promovió una modificación en el pliego de demandas sociales y determinó que, a finales del siglo XX, las luchas ligadas a las condiciones de vida como el acceso a la tierra, a la vivienda y a los servicios básicos ganaran relevancia (Rizzo, 2011). Por otro lado, las nuevas modalidades de trabajo impulsadas por las reformas flexibilizadoras, la mayor presencia del sector de servicios y el aumento de la desocupación fueron decretando un desplazamiento del lugar de trabajo en tanto espacio clásico de la articulación de reclamos y voluntades.

El surgimiento de amplios contingentes de marginalidad que ya no tenían lugar en los marcos formales del mercado laboral, sumado al enfoque focalizador de las políticas públicas, fue consolidando al barrio como lugar de inscripción simbólica y modificando, a su vez, los propios métodos de lucha de los sectores populares (Fernández Wagner, 2008). Como señala Martín Caparrós (2002; citado en Rizzo, 2011, p.20), en aquel abanico de repertorios de acción que combina marchas, huelgas, concentraciones, abrazos simbólicos, tomas, piquetes y ollas populares, lo que se constata es que el espacio público aparece como un nuevo activo privilegiado para la movilización de recursos políticos frente a la atomización de los lugares tradicionales de la protesta.

El lema “la nueva fábrica es el barrio” en las postrimerías del 2001 argentino sintetiza esa metamorfosis. Sin embargo, los cambios en las demandas y en los registros de la acción colectiva reflejaban otra transformación, la de las formas de articulación y subjetivación política. Así, las condiciones histórico-sociales que redundan en lo que Laclau y Mouffe (1987) denominaron la “dispersión de las posiciones de sujeto” son las mismas que sirven de telón de fondo al proceso de “territorialización de la política”. La propuesta de repasar la teoría laclausiana del “pueblo” a la luz del protagonismo en ascenso de la disputa por el espacio público adquiere, entonces, todo sentido<sup>2</sup>.

### **3. Si este no es el pueblo: la producción política del espacio**

Si en *Hegemonía y estrategia socialista* Laclau y Mouffe habían renunciado a la categoría de sujeto como entidad unitaria y transparente, en *La razón populista* el autor argentino propondrá una recuperación parcial del sujeto de la política a partir de la noción de “pueblo” (Inda, 2019). Según aquella formulación, el pueblo es una lógica de articulación consistente en la construcción de una cadena equivalencial de demandas que divide al espacio social en dos campos antagónicos y se unifica a partir de operaciones de significación tendencialmente vacías (Laclau, 2005). “El *demos* es justamente un sujeto diferente de él mismo”, dice Rancière (1995, p.26), es la lógica aparente según la cual una parte de la sociedad se arroga la representación imposible del conjunto.

En otro trabajo (Frias, 2019) hemos sostenido que el mayor déficit de la propuesta formalista de Laclau es su desinterés por las dimensiones materiales que condicionan y presionan sobre las identidades políticas. Un rodeo teórico que quisiéramos defender aquí es que la pregunta por la espacialidad de los sujetos populares es una de las llaves para contrarrestar ese relegamiento. En palabras de Sztulwark (2019),

el potencial de la flotación [...] se pierde cuando se lo circunscribe solamente al orden del discurso. El carácter de ambulante de lo plebeyo remite, sobre todo, a las formas de extenderse en el espacio, de desbordar regulaciones, de interrumpir automatismos, de poblar la tierra. (p.159)

Podría pensarse que el cántico recurrente en las manifestaciones, “si este no es el pueblo, ¿el pueblo dónde está?”, lleva en su seno una paradoja puesto que, estrictamente hablando, el pueblo no está en ninguna parte. Es decir, siguiendo la propuesta laclausiana, el pueblo no es un dato sino el nombre de una disputa; es una operación discursiva que existe bajo la

---

<sup>2</sup>Al respecto de esta propuesta, resulta tentador recordar que, para explicar la lógica de los encadenamientos equivalenciales, Laclau se vale en sus distintos trabajos de conflictos netamente urbanos como, por ejemplo, la demanda de vivienda en las periferias metropolitanas.

condición de su propia inestabilidad, bajo la posibilidad permanente de dar nombre a cosas distintas, de referenciar una totalidad social que nunca puede ser idéntica a sí misma.

Rancière (1995) describe esa lucha democrática como una “usurpación”, metáfora que resulta sumamente útil por sus reminiscencias espaciales. Es justamente por su carácter indeterminado que las identidades populares necesitan reclamar para sí una territorialidad. Dicho de otro modo, todo pueblo implica lo que aquí proponemos llamar una *producción política del espacio*. Un procedimiento que es simbólico y material a la vez; hablamos no sólo de representaciones sino también de usos y ocupaciones del espacio, pues, como sugiere Butler (2014), el enunciado “nosotros, el pueblo” siempre remite, en último término, a un encuentro, a una performance simultánea de los cuerpos que, en circunstancias, es la condición de posibilidad misma del surgimiento de una *lengua franca*.

Ese carácter performativo del pueblo nos recuerda que la política no sólo produce “vacío”, según el planteamiento de Laclau (2001), sino también “espacio”. Reformulando la idea arendtiana del “espacio de aparición”, Athanasiou (2017) sostiene que toda acción política exige un “espaciamento de la apariencia”. Esto es, en política no se trata simplemente de un lugar fijo, sino de un ejercicio permanente de “tomar lugar”, y tampoco se trata de la aparición de una esencia, sino más bien del acto de teatralizar y parentear.

Es posible que en esenudo teórico se dirima buena parte del debate entre Toni Negri y Ernesto Laclau alrededor de las categorías de “multitud” y “pueblo”. Asumiendo que la primera acentúa la instancia plural de la descapitalización (*aparición*), y la segunda enfatiza la función representativa de vaciamiento y unificación simbólica (*apariencia*), desde aquí sugerimos que *multitud* y *pueblo* deben ser pensados como dos dimensiones de las identidades colectivas; es decir, no momentos secuenciales de la construcción de hegemonía, sino propiedades que se articulan conflictivamente en el mismo movimiento político.

Así, en los sujetos populares que tienen pretensión de producir significados relevantes hay una tensión constante entre la ambigüedad de sus símbolos y la concreción de las prácticas y los agentes que lo sustentan. Si se quiere, el pueblo es una *praxis*, en el sentido que Grüner (2006) le atribuye a ese concepto: su materialidad es la otra cara de su naturaleza discursiva. El pueblo necesita estar en algún lugar porque no está en ninguna parte.

#### **4. Desbordes entre performance territorial y representación política**

Las consecuencias que se derivan de esta relación paradójica entre performatividad en el espacio e inscripción simbólica son diversas. En primer lugar, es necesario aclarar que la

espacialidad de la acción colectiva no está dada de antemano. El espacio urbano es, dialécticamente, una condición y a la vez un resultado de la movilización; mientras que su carácter público está en constante negociación, su estructura material tiene agencia sobre los manifestantes. La política de la calle implica, por ello, una lucha *en, con y por* el espacio (Sevilla-Buitrago, 2015).

En segundo término, como ya hemos esbozado, la manifestación en el espacio público no puede reducirse a su dinámica enunciativa. El cuerpo aparece en la calle no solo para hablarse sino también para moverse, para acordar un entorno, para descubrir su utilidad común con otros cuerpos. Es, antes que nada, una apuesta por el reconocimiento, una forma de tener rostro: el “ahora que estamos juntas, ahora que sí nos ven” de los feminismos. Judith Butler (2012) sostiene que el cuerpo habla políticamente como *acción y como petición* y es por eso que, para nosotros, el pueblo no articula simplemente “demandas”, como formula Laclau, sino *luchas* que son, constitutivamente, cuerpo y lenguaje a la vez<sup>3</sup>.

Todavía más, Butler (2012) recuerda que el cuerpo puede aparecer y significar de maneras que impugnan su propia discursividad y que incluso ponen en duda que el ser hablante sea su instancia paradigmática. A nuestro modo de ver, ese reconocimiento de la cartografía corporal de la acción colectiva hace justicia con la insistencia de Laclau y Mouffe sobre la importancia que tienen los aspectos emocionales para la política. Siguiendo a Athanasiou (2017), el afecto en la ocupación del espacio público significa *afectar y ser afectado* por la dinámica de la reunión, implica estar fuera de sí mismo, ser sacado, ser movido y estar conmovido.

Precisamente porque manifestar no es sólo hablar o demandar debemos tener especial cuidado con lo que podríamos llamar el “sesgo rupturista” en los análisis de la movilización callejera. Nos referimos, con ello, a algunas lecturas que asocian automáticamente la ocupación de la calle con una puesta en cuestionamiento del orden establecido. Frente a dicha simplificación urge recordar que la politización de la calle no sólo cumple una función reactiva, también puede jugar un papel defensivo, acumulativo o reivindicatorio.

En nuestra óptica dicho sesgo interpretativo encuentra su propia traducción teórica en la conceptualización unilateral del pueblo como una operación de ruptura. Es el caso de Rancière (2006), para quien el *demos* es siempre un resto, la parte de los que no tienen parte. Su distinción entre *política* y *policía* se apoya en esa mirada marginalista del pueblo,

---

<sup>3</sup>El reemplazo del concepto de “demanda” por la noción más general de “luchas” lo hemos tomado de una sugerencia que hiciera Diego Sztulwark en la presentación de su libro, “Vida de perro”, el 14 agosto de 2018, en la Universidad Nacional de Cuyo.



pues la política se funda en la “acción de sujetos suplementarios que se inscriben como excedente con respecto de toda cuenta de las partes de la sociedad” (p.67).

Resulta evidente, entonces, que un corte de este tipo deja por fuera de la política a la dominación legítima y clausura, con ello, la posibilidad de que la presencia en la calle sea también un recurso activo de grupos que pretenden mantener su disposición hegemónica en determinada coyuntura. En contraposición, preferimos sostener, a la manera de Giorgio Agamben (2010), que la particularidad del “pueblo” reside justamente en su tensión irresuelta, en la ambigüedad de referenciar tanto a la totalidad de la comunidad política como a las partes fragmentarias que no encuentran voz en esa universalidad fallida (Panotto, 2015).

Ahora bien, si hemos dicho que la performance en la calle tiene una potencia en sí misma al nivel de lo que suscita la propia sincronía de los cuerpos, su efectividad en el plano de la disputa hegemónica, no obstante, depende de la forma en que esos repertorios se inscriben políticamente. Y esto, al menos, por dos motivos que recupera Silvia Sigal (2006) en su trabajo sobre la Plaza de Mayo argentina: por un lado, las manifestaciones son opacas a sí mismas, esto es, la calle siempre rebalsa las propias intenciones, quienes participan allí no controlan todos los significados que producen; por otra parte, las movilizaciones solo pueden significar en la medida en que existen operaciones ulteriores que activan su memoria.

Podemos inferir dos consecuencias de esta idea. En primera medida que “la presencia pública no es tan sólo la expresión de entidades preconstituidas sino que contribuye a producirlas, modelarlas o consolidarlas” (Sigal, 2006, p.17); en segundo lugar que, contra toda idealización, la eficacia articularia de esas convocatorias no responde a ninguna virtud inmanente a la ocupación del espacio sino a la capacidad de los agentes para activar imágenes y sentidos que interpelen a otros sectores de la comunidad política. Para decirlo con Rancière (1996), la política “hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar” (citado en Inda, 2019, pp.101-102).

Finalmente, queda claro que estamos lejos de suscribir a los análisis que ven en la ocupación de la calle un síntoma de la llamada “crisis de la representación política”. Relativizando la hipótesis de la desafiliación, Fillieule & Tartakowsky (2015) subrayan que el aumento en términos absolutos del recurso a la manifestación aparece en buena medida vinculado con las formas clásicas de participación. Así, en su investigación encuentran que los modos convencionales y no convencionales de participación política no son excluyentes sino complementarios. En todo caso, conviene interpretar los nuevos repertorios bajo el paraguas de una *metamorfosis de la*

*representación*(Manin, 1992)que, en el marco de la mayor volatilidad de las identidades,prefigura al espacio público como un canal para dirimir conflictos cada vez más rutinizado y reconocido por amplios sectores de la población.

En suma, el supuesto general que se desprende de este conjunto de formulaciones es que la inestabilidad del espacio público es un prerrequisito esencial de lo que Laclau y Mouffe (1987) llaman la “imposibilidad de la sociedad” y, por ende, de la existencia de la política como tal. Si el pueblo es el nombre de una *falla*, ello no obedece solo a un desborde intrínseco al discurso sino también a que, como recuerda Massey (2005), el propio carácter abierto del espacio hace que allí siempre pueda ocurrir algo impredecible.

## 5. Conclusiones

A lo largo de las páginas hemos intentado identificar en el reciente ascenso global de los repertorios de movilización una importancia creciente del espacio en la definición de las identidades y las luchas políticas. Sostuvimos, al respecto, que esa emergencia se asienta sobre dos procesos de largo plazo; por un lado, el vaciamiento de la experiencia de lo público en la ciudad contemporánea y, por otro lado, el desplazamiento de la fábrica como lugar neurálgico de la protesta en el contexto de la economía posindustrial. La confluencia de esas transformaciones en la intensidad aglomerante reciente de alguna manera recrea la interrelación entre lo que la política hace con el espacio y lo que el espacio hace con la política.

Hemos señalado, por otra parte, que el registro de la calle puede ser un punto de anclaje sumamente fértil para repensar la constitución del “pueblo” como principio de articulación abierto y contingente. Nuestra hipótesis, en ese sentido, es que toda práctica hegemónica supone poner en juego una *producción política del espacio* que es simbólica y material a la vez. Desde esa perspectiva propusimos al pueblo como una *praxis* en la que su performatividad territorial es el reverso de su necesaria ambigüedad discursiva.

En ese marco, advertimos que el espacio público no es un mero dato *a priori* sino más bien un entorno en constante negociación entre los agentes que lo disputan. Destacamos, además, que la productividad política de la movilización callejera no se reduce al orden enunciativo sino también a lo que genera en términos de la afectación recíproca de los cuerpos reunidos. Y recordamos que esa combustión interna puede cumplir funciones tanto reactivas como afirmativas: el pueblo no sólo usa el espacio público para irrumpir contestatariamente sino también para afianzarse y consolidarse en las correlaciones de fuerza.

Por último, nos parece fundamental asumir que si bien la movilización en la calle tiende a estructurar un capital político-corporal propio, su eficacia al nivel de las luchas representativas depende de cómo se inscriben en la trama de significados que sedimentan lo social. Las interpretaciones de la movilización siempre rebalsan las propias intenciones de los manifestantes y sus efectos son el resultado de un trabajo político, no de una virtud inmanente a la ocupación del espacio público. La existencia de una compensación fuerte hace que prefiramos leer el *momento aluvional* en clave de “metamorfosis” y no tanto de “crisis” de la democracia representativa.

En síntesis, consideramos que la postulación del carácter abierto del espacio público como condición de la apertura de lo social inaugura una ventana de oportunidades teórico-analíticas porque permite pensar la política más allá de su mera constitución discursiva para observarlabajo el prisma de la tensión constante entre performatividad y representación. A nuestro juicio, sólo bajo ese desequilibrio inevitable adquiere sentido aquella advertencia de Norbert Letchner (1988, p.15) de que “lo que llamamos orden no es finalmente otra cosa que una propuesta, digamos, un intento de compartir”.

## 6. Bibliografía

- Abramo, P. (2012). La ciudad com-fusa: mercado y producción de la estructura urbana en las grandes metrópolis latinoamericanas. *Revista EURE*, 38(114), 35-69.
- Agamben, G. (2010). *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-Textos.
- Athanasiou, A. (2017). Comentarios. En J. Butler, & A. Athanasiou, *Desposesión: lo performativo en lo político*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Auyero, J. (2002). La geografía de la protesta. *Trabajo y Sociedad*, 3(4), 1-14.
- Bayón, M. C., & Saraví, G. A. (2013). The cultural dimensions of urban fragmentation: Segregation, sociability, and inequality in Mexico City. *Latin American Perspectives*, 40(2), 35-52.
- Butler, J. (2012). *Cuerpos en alianza y la política de la calle [Conferencia traducida y revisada por Patricia Soley-Beltrán]*. Obtenido de Revista Tránsversales n°26: <http://www.trasversales.net/t26jb.htm>
- Butler, J. (2014). "Nosotros, el pueblo". Apuntes sobre la libertad de reunión. En A. Badiou [et.al.], *¿Qué es un pueblo?* (pp. 47-67). Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Caetano, G. (2006). Distancias críticas entre ciudadanía e instituciones: desafíos y transformaciones en las democracias de América Latina contemporánea. En G.

- Caetano (comp.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (pp. 243-270). Buenos Aires: CLACSO.
- Carrión, F. (2019). El espacio público es una relación no un espacio. En F. Carrión, & M. Dammert-Guardia (Eds.), *Derecho a la ciudad: una evocación de las transformaciones urbanas en América Latina* (pp. 191-222). Lima: CLACSO, Flacso - Ecuador, IFEA.
- Cunha, J. M., & Rodríguez Vignoli, J. (2009). Crecimiento urbano y movilidad en América Latina. *Revista Latinoamericana de Población, Año 3(4-5)*, 9-26.
- Delgado, M. (2019). *El espacio público como ideología*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Fernández Wagner, R. (. (2008). *Democracia y ciudad. Procesos y políticas urbanas en las ciudades argentinas (1983-2008)*. Los Polvorines: Univesidad Nacional de General Sarmiento.
- Filipe, C., & Ramírez, B. (2016). Discursos, política y poder: el espacio público en cuestión. *Territorios(35)*, 37-57.
- Fillieule, O., & Tartakowsky, D. (2015). *La manifestación: cuando la acción colectiva toma las calles*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Frias, J. (2019). *El "pueblo" en disputa. Un recorrido crítico por las apuestas teóricas de Ernesto Laclau y Enrique Dussel*. (Tesina de grado). Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Gorelik, A. (2008). El romance del espacio público. *Alteridades, 18(36)*, 33-45.
- Grüner, E. (2006). Lecturas culpables. Marx(ismos) y la praxis del conocimiento. En A. A. Boron, J. Amadeo, & S. González comp., *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas* (pp. 105-147). Buenos Aires: CLACSO.
- Inda, G. (2019). De pueblos, multitudes y populismos: sujetos políticos y transformación social en las nuevas teorías críticas. En G. Galafassi & F. Ferrari (comps.), *Antagonismo, hegemonía y subjetividad* (pp. 95-116). Buenos Aires: Extramuros.
- Laclau, E. (2001). La democracia y el problema del poder[Traducido por Sebastián Barros]. En *Actual Marx: ¿Pensamiento Único en Filosofía Política?* Buenos Aires: K&A1.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

- Lechner, N. (1988). *Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Manin, B. (1992). Metamorfosis de la representación. En M. Dos Santos (coord.), *¿Qué queda de la representación?* Caracas: Nueva Sociedad.
- Margulis, M. (2002). La ciudad y sus signos. *Estudios sociológicos*, 515-536.
- Massey, D. (2005). La filosofía y la política de la espacialidad. Algunas consideraciones. En L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* (pp. 101-128). Madrid: Paidós.
- Panotto, N. (2015). El "pueblo" en disputa: nuevas (y viejas) coyunturas en los populismos de América Latina. *Cadernos de Estudos Sociais*, 30(1), 1-15.
- Pérez, G., Armelino, M., & Rossi, F. (2005). Entre el autogobierno y la representación. La experiencia de las asambleas en la Argentina. En F. Naishtat et al, *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea* (pp.387-414). Buenos Aires: Prometeo.
- Prévôt Schapira, M.-F. (2001). Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades. *Revista Perfiles Latinoamericanos*(19), 33-56.
- Rancière, J. (1995). Democracia y Post-democracia. *Ideas y valores*, 44(98-99), 23-40.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rancière, J. (2006). *Política, policía, democracia*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Rizzo, P. (2011). El espacio público urbano. *Boletín de estudios geográficos*(100), 9-30.
- Sevilla-Buitrago, Á. (2015). Espacialidades indignadas: la producción del espacio público en la #spanishrevolution. *ACME: An International e-journal for critical geographies*, 14(1), 90-103.
- Sigal, S. (2006). *La plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Soja, E. (1997). El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica. *Revista Geographikós*, 8(2), 71-76.
- Sztulwark, D. (2019). *La ofensiva sensible: neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.